

Imaginar un territorio. Recorrido estético y memoria visual del Centro Cultural Alberto Rougés, 2023

Imagine a territory. Estetic itinerary and visual memory of the Centro Cultural Alberto Rougés, 2023

Ignacio Fernández del Amo*

La cultura nos permite reconocernos como parte de una comunidad, encontrarnos en sentidos compartidos y buscar horizontes de futuro hacia los que caminar. La cultura nos proporciona herramientas para entender el mundo, pero también nos sirve para ensanchar el mundo, para descubrir otras formas de ver las cosas. Como dice Carlos Skliar, el mundo es mucho más que aquello que se nos presenta ante los ojos, es mucho más que lo que podemos ver, tocar, oler o incluso pensar. El mundo es mucho más ancho que la realidad, es también lo que aún no hemos pensado o sentido, son las nuevas relaciones que podemos establecer, las emociones que todavía no hemos experimentado. Por eso, gestionar un centro cultural como el nuestro es mucho más que ocuparse de una agenda y de los detalles materiales. Asumir la responsabilidad de abrir cada día las puertas de un centro cultural es trabajar para que todo suceda de acuerdo a lo planificado, pero también para dar lugar a lo inesperado, para que quienes participan de las actividades o entran a conocer la casa salgan con la sensación de ser un poco diferentes.

2023 estuvo marcado por dos hitos importantes: por un lado, en junio se cumplieron 110 años desde que Julio Cainzo y Delfina Avella-

* Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo.
<ifernandezdelamo@lillo.org.ar>

neda construyeron la casa que hoy es nuestra sede. Por otro, iniciamos una nueva política para la conformación de la temporada de artes visuales, que partió de un llamado público de presentación de proyectos expositivos de alcance nacional.

El aniversario de la casa fue el motivo ideal para comenzar a proyectar una nueva zona de trabajo ligada a la museología y experimentar nuevas formas, tanto de transmisión como de cocreación de contenidos con la comunidad tucumana. Por un lado, se trabajó en una línea más interpretativa que informativa, con contenidos que provoquen el pensamiento y promuevan nuevas formas de apreciar el patrimonio cultural que conecten con la vida de los visitantes. Esta orientación resultó en la edición de los dípticos de la serie “Arte y naturaleza” (imagen 1 y 2). En conjunto con el área de botánica de la Fundación Miguel Lillo, se seleccionaron tres motivos vegetales de la decoración de la casa (el acanto, el roble y el limón) y se confrontaron el registro fotográfico de la casa con el científico de la especie, y las fichas artística y taxonómica de cada uno. Los tres motivos, pero especialmente el acanto, están presentes en muchas casas que se construyeron en Tucumán y en el resto del país en las primeras tres décadas del siglo XX, por lo que los visitantes salían del Centro Cultural con un nueva visión de su entorno.

El día del aniversario se inauguró una muestra que dividimos en dos secciones: una en la que el Centro Cultural tomaba la voz y otra en la que cedía la palabra. La primera contaba cómo la casa es resultado del proceso de modernización del país y su apertura al mundo —no solo para establecer relaciones comerciales, sino también para nutrirse de otras culturas—, en qué consiste el estilo academicista francés que siguió el ingeniero Bassols para diseñar la casa y cómo era la vida en un *petit hotel*. Para armar la exposición se recurrió, en su mayor parte, al rico acervo del Centro Cultural (imagen 3).

Para dar forma a la sección en la que el Centro Cultural cedía la palabra, se convocó un concurso de fotografía dirigido a aficionados del medio y amantes del patrimonio cultural. De entre las imágenes recibidas se seleccionaron veintinueve con las que se conformó un mosaico que daba cuenta de la diversidad de lecturas posibles que permite una casa como la de Julio Cainzo y Delfina Avellaneda.

El segundo hito que marcó las actividades de 2023 fue, como dijimos, el llamado público y nacional para recibir proyectos expositivos de artes visuales. Con él buscamos una apertura que consideraba diversas expresiones artísticas y expositivas; y que, además, contemplaba la participación de artistas de diversas geografías, tanto consagrados como emergentes, política cultural que ha caracterizado la labor del Centro Cultural. El comité de selección de los proyectos expositivos, presidido por nuestra asesora en artes visuales, Lic. Gloria Zjawin de Gentilini, tuvo en cuenta, tanto la calidad artística de las obras individuales como la del proyecto en su conjunto y la trayectoria de los artistas.

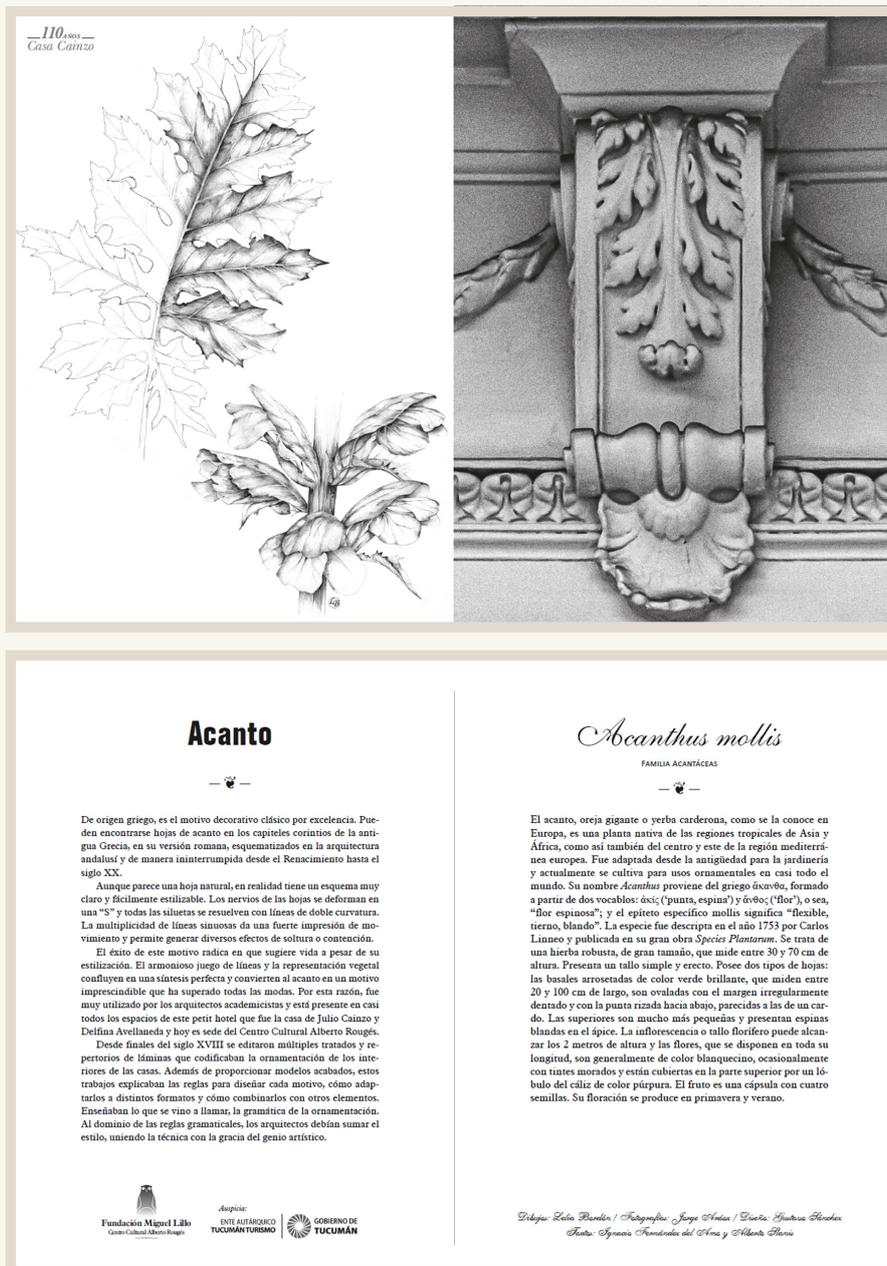


Imagen 1 y 2. Reproducción del díptico de la serie "Arte y naturaleza" dedicado al acanto.

La temporada se inició el 20 de abril con la exposición **Inmovilizar el tiempo**, de **Bernabé Sedita**, que anunciaba dos elementos clave de lo que llegaría el resto del año. Primero, la inclusión de artistas no tucumanos: Sedita es cordobés y desde hace un tiempo reside en Catamarca. Y segundo, la preeminencia de propuestas relacionadas con la naturaleza, un factor que enraiza en una de las principales tradiciones artísticas de nuestra provincia y que, además, nos permite dialogar con la Fundación Miguel Lillo, de la que somos área de extensión e investigación en Arte y Humanidades.



Imagen 3. Parte de la exposición conmemorativa del 110° aniversario de la casa.

Ese diálogo con la Fundación se fue construyendo a lo largo del año sobre la base de que no es lo mismo paisaje que territorio, ni paisaje que naturaleza. El paisaje es una realidad física y la representación que hacemos culturalmente de ella; es, en resumen, el producto de la mirada humana sobre el territorio. Existen múltiples maneras de acercarse al territorio; no lo hace igual un geólogo que un promotor inmobiliario o un artista. Para que el territorio se convierta en paisaje es necesario proyectar sobre él una mirada estética, y esa dimensión que se genera a partir de la contemplación requiere una distancia de la mirada utilitaria que dé lugar al deleite. Las obras de Bernabé Sedita tienen esa mirada, es indudable, pero también la naturalidad de quien siente la naturaleza como parte de él mismo. Sustentadas en un virtuoso estilo impresionista, logra traducir a valores plásticos cualidades inasequibles para el ojo como la brisa fresca de la mañana o la cadencia de los caballos. La hábil mano de Bernabé con la espátula logró inmovilizar el tiempo para que todos los que contemplamos sus obras pudiéramos trasladarnos a los lugares que pintó.

Su paso por el Rougés culminó con un encuentro y demostración de pintura en vivo que pudieron disfrutar una veintena de amantes del arte y jóvenes artistas en formación.

Durante dos semanas, la exposición en planta baja de Sedita convivió en la planta alta con los **Paisajes** de **Teresa Chavanne**, que pudieron visitarse entre el 4 y el 26 de mayo. Esta circunstancia permitió a los aficionados al arte acercarse a dos maneras muy distintas de entender la creación plástica. La de Teresa es una pintura de acción en la línea de los informalismos que dominaron la escena occidental de los años 1950. Planteó su exposición como una mirada retrospectiva a su quehacer, al reunir obras producidas entre 1988 y la actualidad. Sus obras demues-

tran una notable calidad técnica y estética, y un profundo conocimiento de los lenguajes artísticos de la segunda mitad del siglo XX.

Si los paisajes de Bernabé Sedita son una interpretación personal del mundo que le rodea, los de Teresa Chavanne reflejan los efectos del mundo en su vida. La mayor parte de los que conformaron la exposición eran, de hecho, el efecto de la pérdida de referencias territoriales y existenciales, no-paisajes de una fuerza arrolladora.

Las dos siguientes exposiciones nos desplazaron del ámbito del instante al de la memoria. **Myriam Carolina Rojas** presentó, entre el 6 y el 28 de julio, una instalación que invitaba a los espectadores a preguntarse por ese misterioso juego entre la memoria y el olvido. ¿Es posible conjurar a los seres queridos que nos dejan? ¿Evitar que los recuerdos se desvanezcan? Para la joven artista tucumana son las fibras las que, como el hilo de Ariadna, le sirven para mantener vivas esas presencias.

Mientras las fibras vivas de Rojas ocupaban una de las salas de la planta superior, el artista salteño Roberto Giménez trajo a Tucumán sus **Crónicas de todo y nada**, un ejercicio de memoria de su paso por la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán en la década de 1980. Con un notable dominio del oficio de pintor y dibujante, Roberto articuló una crónica que se destaca por su humanidad, por la importancia que tienen quienes, en distintos momentos de nuestra vida, nos acompañan en el camino. En sus coloridas obras aparecen amigos, profesores, el nacimiento de su primera hija, todos ellos con un vocabulario que combina referencias a Aurelio Salas, a Guamán Poma de Ayala y a referentes del arte pop callejero. La exposición pudo visitarse entre 29 de junio y el 27 de julio.

A Roberto le sucedieron, en el mes de septiembre, dos artistas amigos de nuestra casa: **Daniel Arnedo** y **Marcelo Lazarte**, pues ya habían expuesto de manera conjunta en 2009. Gloria Zjawin de Gentilini consideró importante revisitar su producción y ofrecérsela a los tucumanos, especialmente a las nuevas generaciones, para enriquecer sus referencias y apreció que sus obras –testigos de líneas estéticas arraigadas en la plástica de la provincia– abordan la condición humana en épocas de crisis social, política y económica. En palabras de Fernando Matiussi, autor del texto curatorial, en esos momentos en los que “el desastre parece inminente, cuando la vida verdadera parece diluida en la frivolidad, sus obras nos vuelven al sentido, a explorar el espíritu siempre novedoso de la fragilidad humana y su belleza”. Esta actitud ética y estética ha caracterizado el quehacer de Daniel y Marcelo.

Con **María Marta Suárez** retomamos el sendero de las indagaciones estéticas en torno al paisaje. **Búsquedas**, el título de la exposición, proporcionaba una clave de interpretación importante, pues las espesas masas boscosas que poblaron la galería de la planta superior del Centro Cultural son, para la artista, la plasmación del camino de introspección al que le llevan los cerros tucumanos cuando se interna en sus senderos.

El virtuoso juego de veladuras que despliega en sus lienzos tuvo un efecto cuasi hipnótico en los numerosos visitantes que se acercaron a ver la muestra. Muchos de ellos parecían experimentar el mismo efecto de María Marta y dejaban que la vista transitara con calma por entre los infinitos verdes de las copas de los árboles. La exposición pudo visitarse en la planta alta del Centro Cultural desde el 17 de agosto hasta el 15 de septiembre.

Las **Meditaciones** de la artista finlandesa **Ennisofia Salmela Flores** ofrecieron, de nuevo, un acercamiento a la naturaleza en clave introspectiva, pero con un lenguaje formal muy distinto a los que se practican en la región. Sus dibujos de gran formato combinan con notable acierto el rigor científico con el azar del automatismo psíquico. Salmela no imita las formas de la naturaleza sino sus patrones de funcionamiento. Como cierre de la exposición, que ocupó las salas de la planta baja todo el mes de octubre, la artista participó de un encuentro con estudiantes y aficionados al arte en el que explicó su forma de trabajo y fuente de inspiración, que, evidentemente, tienen mucho que ver con su origen finlandés. Participó del encuentro el equipo de ilustradores de botánica de la Fundación Miguel Lillo, lo que dio lugar a un rico intercambio de ideas al que se sumaron activamente el resto de participantes.

A los dibujos de Ennisofia Salmela siguieron en noviembre las exuberantes obras de **Virginia Serrano**. La artista tucumana, que ya había expuesto en 2016, trajo en esta ocasión su **Universo vincular**. Con un pie en su entorno más próximo (el afectivo, pero también el físico: la yunga que rodea su casa), presentó una amplia selección de su obra reciente entre la que destacaban técnicas inéditas en su producción, como los textiles y la cerámica.

Finalmente, cerramos la temporada con la muestra **72 paisajes** de **Mauro Costa**, un artista emergente tucumano que traduce las calles y parques de San Miguel de Tucumán a un estilo que combina influencias del fauvismo y el expresionismo alemán del grupo “El jinete azul”.

A continuación, publicamos las palabras escritas o pronunciadas por el Mg. Ignacio Fernández del Amo durante los actos de inauguración de cada una de las exposiciones.

Bernabé Sedita *Inmovilizar el tiempo*

De las palabras que Bernabé escribió para el texto que acompaña esta exposición, en las que nos habla de cómo creció jugando entre los pinceles y los colores que su padre tenía en su taller (su padre, Daniel, también es pintor), se adivina una relación natural con el lenguaje plástico. Parece como si pintar no fuera en él el resultado de una inclinación creativa que surgió en algún momento de su juventud sino una suerte de segun-



da lengua materna. La habilidad con la que plasma la luz, el viento, el movimiento de los caballos confirman esta intuición.

Pero, además, en sus paisajes se percibe una simbiosis más que una relación intelectual con la naturaleza, porque la relación con su padre, con los pinceles y los colores la tuvo en las sierras de su Córdoba natal. Para que el territorio se convierta en paisaje es necesario proyectar sobre él una mirada estética. Las obras de Bernabé tienen esa mirada, es indudable, pero también esa naturalidad de quien siente la naturaleza como parte de uno. En el texto de la exposición Bernabé relaciona su pintura con la de los impresionistas franceses, pero me parece que se podría pensar también en una relación con los paisajistas nacionales, desde Martín Malharro en adelante.

A Malharro se lo considera el introductor del impresionismo en nuestro país. Él nunca negó esa influencia, pero en los años del Centenario en que se estaba pensando la identidad nacional, promovió la creación de un arte nacional que aportase a la mirada sobre el territorio un sentimiento que es propio de la cosmovisión latinoamericana. Animaba a los jóvenes artistas a salir de los estudios y pintar en la naturaleza para así captar su espíritu. Justo lo que hace Bernabé o lo que mucho antes

que él hicieron los seguidores de Malharro, como Fernando Fader, en Córdoba.

De este proyecto de dar forma a un paisaje nacional surge el impresionismo lírico que tan importante ha sido en la tradición artística tucumana, como bien sabemos en el Rougés. En los años 1940, el paisajismo era la pintura tucumana por excelencia. Las personalidades más destacadas en el panorama artístico local eran todos paisajistas: Lobo de la Vega, Timoteo Navarro, Santos Legname, Demetrio Iramain... Ellos fundaron la plástica tucumana hecha por tucumanos hasta que se impusieron el informalismo y el expresionismo.

Los paisajes de Bernabé, cordobés afincado en Catamarca, participan de ese aire de familia de los artistas norteños y por eso nos pareció interesante presentar su obra en nuestras salas, que tantos paisajistas han visto a lo largo de los años.

Teresa Chavanne

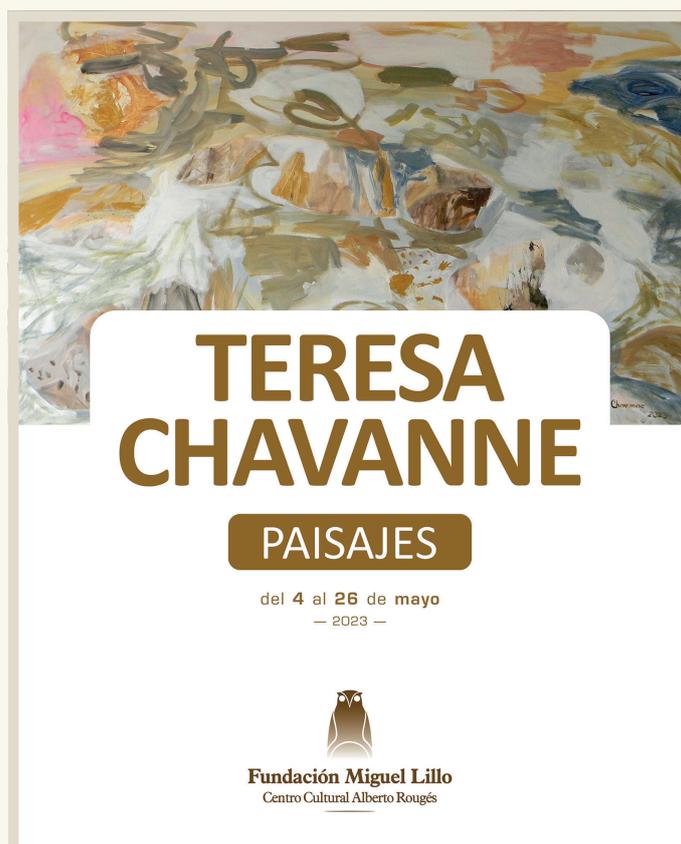
Paisajes

Las dos bombas atómicas que pusieron el punto final a la Segunda Guerra Mundial no solo devastaron Hiroshima y Nagasaki, también sacudieron la conciencia del mundo, que se vio a un paso del abismo. Y dejaron una huella indeleble en la subjetividad de quienes vivieron ese mundo que, de pronto, se mostraba más precario, más frágil, más hostil.

Entre ellos podemos contar a los artistas plásticos. Los últimos años de la década de 1940 y los diez siguientes vieron surgir a un grupo de artistas, sobre todo en Nueva York, pero también en algunos países europeos, que intentaron procesar el cataclismo a través de sus medios de expresión. Son artistas como Jackson Pollock, Mark Rothko, Willem de Kooning o Robert Motherwell, algunos de ellos inmigrantes procedentes de países europeos, y que desarrollaron lo que hoy conocemos como expresionismo abstracto. En Europa también hubo artistas que recurrieron a soluciones similares, especialmente en España e Italia, solo que a ellos se los llama informalistas, etiqueta que resulta interesante porque justamente lo que trataban de compartir era que el mundo había perdido la forma; o que no había formas capaces de expresar lo que había ocurrido o para sugerir un futuro inmediato.

Robert Motherwell veía su propia obra como una dialéctica entre lo consciente (líneas rectas, formas diseñadas) y lo inconsciente (formas suaves, oscurecidas, automáticas), entre los recursos aprendidos del arte y la puerta que había abierto el surrealismo en los años previos a la Segunda Guerra Mundial: la del arte como herramienta para dar voz al inconsciente y a los fantasmas individuales y colectivos.

¿Y por qué les cuento todo esto? Porque las obras de Teresa participan (con la debida distancia), de detonantes similares y de también si-



milares producciones. En el texto que escribió para la exposición cuenta que, poco después de egresar de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán, se mudó a Buenos Aires. Dejó el que había sido su domicilio existencial (como diría Rodolfo Kusch), la chica, alegre y activa Tucumán, para vivir en una gran urbe donde los habitantes no eran para ella más que una masa informe y en cierto modo hostil. Y cuenta cómo el cambio de vida le provocó una necesidad de dar cuenta de la vulnerabilidad de la vida, de la precariedad, de los días buenos, pero también de los pesares.

Teresa cuenta que su obra fluctúa entre la figuración y la abstracción, entre la restricción cromática y la explosión, entre los límites

definidos y los borrosos, porque su pintura trata de dar cuenta de la experiencia humana desde su visión particular. Bueno, eso es justo lo que decía Motherwell. La pintura de Teresa tiene ecos de los lienzos de artistas como Rothko o Willem de Kooning pero, más allá de las semejanzas formales, comparte esa necesidad de dejarse dominar por la imaginación para que ella la transporte a los paisajes soleados de su Tucumán querido.

Myriam Carolina Rojas

Fibras vivas

En la mitología griega, la memoria está encarnada por Mnemósine, una titánide hija de Gea y Urano. Su papel en el panteón de los mitos es mucho mayor que el de una simple figurante, pues ocurrió un tiempo después que su sobrino, el dios Zeus, que era bastante pendenciero, pasó 9 noches seguidas con ella, de las que surgieron las 9 musas. Además, otorgaba el poder de expresarse con elocuencia así que no eran pocos los poetas y oradores que se dirigían a ella para recibir sus favores. No es posible crear sin memoria porque, como me dijo un maestro hace muchos años, nada sale de la cabeza si no lo has metido antes en ella. Para hablar, para crear, para vivir, necesitamos echar mano de nuestras vivencias pasadas, y para eso es necesario recordarlas.

Carolina bien podría haber pintado a Mnemósine como una hermosa joven en un precioso estilo prerrafaelita. O podría haber citado a Dalí y su pintura “La persistencia de la memoria”, pintando relojes



blandos o quizás con las agujas o los números más o menos borrosos. Como se formó en el taller A y ahora trabaja en él, pocos la habrían criticado por ello.

Para dar forma a esta obra que hoy presenta aquí, no ha recurrido ni al mito griego ni a los relojes surrealistas, pero sí a la pintura: entintó 12 papeles y dibujó una serie de bustos de personas a las que no podemos conocer porque nos ha ocultado sus rostros.

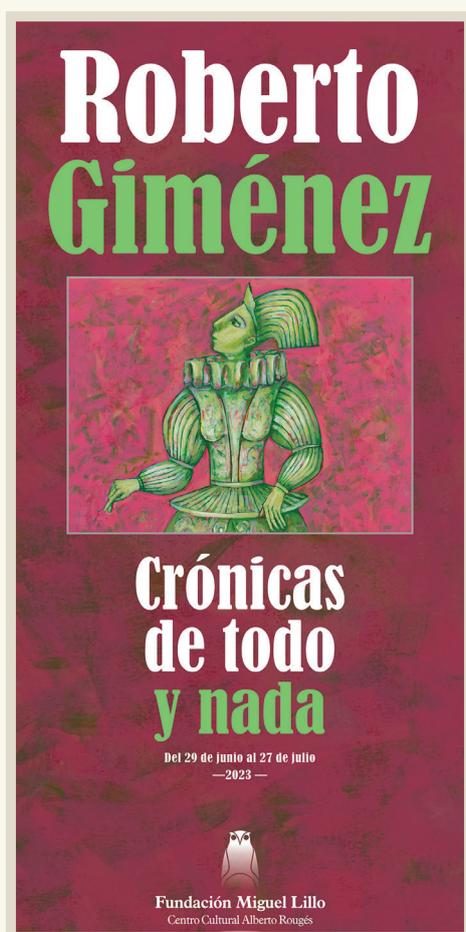
Sin embargo, su obra, “Fibras vivas”, no es solo una serie de pinturas (o de dibujos entintados) sino una instalación. Hace tiempo que en el taller A animan a las estudiantes a explorar técnicas y lenguajes alejados de los caballetes. La reflexión de Carolina en torno al delicado juego entre la memoria y el olvido trasciende la bidimensionalidad del papel y se hace cuerpo porque, como cuenta en el texto que escribió para la muestra, la memoria no se restringe al ámbito intelectual sino que también está hecha de aromas, texturas, sonidos. La memoria también tiene una dimensión material, tiene cuerpo, se percibe, se siente. Las personas con las que tratamos dejan un rastro que en la obra de Carolina toman la forma de fibras.

Dice el museólogo brasileño llamado Mario Chagas, que la ciencia busca explicar la realidad mientras que el arte busca darle sentido al mundo, darle espesor ofreciendo distintas capas de sentido. La instalación, como lenguaje artístico, permite que los artistas casi ofrezcan su cuerpo a los espectadores, porque están compartiendo sus ideas e inquietudes en propuestas que pueden ser recorridas, tocadas, olidas. Comparten su interior hecho cuerpo.

Pero, además, en el caso de la obra de Carolina se produce un hecho particular y es que la instalación artística es esencialmente temporal, su instalación desaparecerá de este lugar después del período de exhibición y solo quedará en la memoria de las personas.

Roberto Giménez *Crónicas de todo y nada*

Basta con hacer un rápido repaso por las obras de los últimos años de Roberto para advertir dos elementos: el primero, la diversidad de lenguajes. Casi al mismo tiempo que daba forma a estas “Crónicas de todo y nada”, tenía en marcha la serie “Nostos”, un conjunto de cuadros en los que formas que surgen de las tradiciones ancestrales del norte parecen luchar por abrirse paso entre la niebla; como si una fuerza telúrica brotara de las entrañas del artista. Es un conjunto de pinturas que coquetean con la abstracción al estilo del informalismo de los años 60 del siglo pasado. En 2020, su serie “Otras Historias” adoptaba la forma de los petroglifos para contar la vida que transcurre entre amigos alrededor de un fogón, en un río o un parque. Grupos de figuras humanas



se arremolinan en cada lienzo como las chispas de fuego que se pierden en la oscuridad de la noche. Y unos años antes, su serie “Menhires” se acercaba al lenguaje de la pintura metafísica y surrealista. Parece que a Roberto cada historia le habla en un idioma distinto.

La diversidad de lenguajes es la primera característica de la producción de Roberto. El segundo elemento evidente cuando se repasa su obra es su profunda humanidad, la intensidad con la que vive la vida y cómo solo es capaz de entenderla en su relación con los otros. “Crónicas de todo y nada” es una mirada retrospectiva a los años que vivió en Tucumán, cuando vino a estudiar Artes en la facultad. ¿Y qué recuperó de su memoria al retroceder casi 40 años? Sus compañeros, sus amigos, algunos docentes, algún amor, la llegada de su primera hija. La vida con los otros.

Quizás porque estas crónicas son un viaje a sus comienzos como artista es que el vocabulario plástico tiene un aire naif, con figuras que se nos presentan siempre de perfil, como las del Guamán Poma de Ayala, pero también como las de Keith Haring, el artista pop neoyorquino.

Quien conozca la trayectoria de Roberto sabrá que no es ni naif ni pop sino un profundo conocedor de su oficio y, sobre todo, humano, quizás demasiado humano.

María Marta Suárez

Búsquedas

Foucault decía que el mundo exterior no está formado por cosas sino por sustratos. Explicaba su teoría explicando que un ser humano no es entendido de la misma manera por un médico, un antropólogo, un sacerdote o un especialista en recursos humanos. El mismo sustrato se convierte en diferentes cosas dependiendo de quién lo analice. Lo mismo ocurre con la naturaleza y con el territorio: el mismo sustrato (elijamos, por ejemplo, un cerro de Tafí del Valle) es visto de distinta manera por un geólogo, un biólogo, un promotor turístico y un artista. Cada uno convierte el mismo sustrato en una cosa distinta. Es más, cada uno de nosotros la convertiremos en una cosa distinta, aunque no seamos especialistas en ninguna ciencia o actividad directamente relacionada con el territorio. Eso sucede porque miramos el mundo a través de nuestra subjetividad y de nuestra cultura.

Saber que miramos el mundo con los lentes de nuestra historia vital es importante para acercarse a los artistas que cultivan el género del paisaje, y especialmente para hacerlo a María Marta. En sus obras vemos cómo opera un proceso de simbiosis íntima por el que ella transforma el territorio en paisaje a la vez que los cerros la transforman a ella.

La selección de obras que componen la exposición muestra dos formas distintas de representar el territorio. Por un lado, podemos ver paisajes concretos: cerros, colinas, construcciones, cielos con y sin nubes. El espectador avezado reconocerá fácilmente los perfiles de Raco y Tafí en ellos. Por otro lado, ha elegido un conjunto de lienzos en los que solo podemos ver espesas masas boscosas. Con una notable calidad técnica, el juego de veladuras que despliega en este segundo grupo nos conduce al interior de su alma. Porque justo eso son: paisajes del alma. María Marta cuenta cómo, a menudo, cuando sale a caminar por los cerros de Raco y Tafí, los senderos la abstraen del mundo exterior y,



como la puerta de la madriguera que conduce a Alicia a un mundo maravilloso, la llevan al lugar de la ensoñación, de las emociones, allí donde solo se encuentra con ella misma.

Daniel Arnedo y Marcelo Lazarte

Dos pintores

En estos días en los que los investigadores han tenido que subir a la palestra a defender su utilidad social, me gustaría aprovechar la oportunidad para reivindicar el papel del arte para cada uno de nosotros como individuos, pero también como sociedad. De todas las bondades que nos brinda el arte, quizás la principal sea su capacidad para ensanchar el mundo, para lograr que nos detengamos un instante y reconsideremos nuestra forma de entender, tanto el mundo que nos rodea como a nosotros mismos. Pero, ¿cómo hacen los artistas para ensanchar el mundo? ¿O qué es eso de ensanchar el mundo?

Casi desde el principio de los tiempos, seguro desde la época de la Grecia clásica, han convivido dos consideraciones al respecto. De un lado, los platónicos enfatizan su carácter demiúrgico, su capacidad para acceder al mundo de las ideas y crear mundos nuevos. Para este bando, el artista es un genio creador. Del otro, el bando aristotélico defiende que lo que hace el artista es dialogar con el mundo sensible, con lo que le rodea, que son los sentidos, más que la mente, la fuente principal del arte (del arte como producto material, tangible).

Me parece que Marcelo y Daniel se sienten más cercanos al bando de los aristotélicos, creo que se ven más como artistas atentos al mundo que como creadores. Es probable que la caída de Ícaro que tengo a mi espalda sea una advertencia de los riesgos de querer volar demasiado alto. Tanto Marcelo como Daniel trabajan con materiales que extraen de su entorno y de su vida.

En las obras que ha elegido Marcelo para esta exposición se advierten dos trabajos: uno de reflexión sobre sí mismo, más introspectivo, en algunos lienzos relacionados con la enfermedad, y otro en el que nos invita a internarnos en los mundos que imagina y que nos anima a rehacer sus conexiones a veces insospechadas.

Daniel, por su parte, nos presenta una serie de trabajos que son un diálogo a tres bandas entre él, la tradición artística y nuestro mundo. Vemos en sus obras diálogos con obras de los prerrafaelitas, con Goya, con Manet. Todos sustentados en un gran dominio del oficio de dibujante y pintor.

Si algo los une, además del dominio del oficio que llevan practicando varias décadas, es la dimensión política y ética de su trabajo, que es precisamente la que sirve para reivindicar el papel social del arte. No es lo mismo pintar por placer y para uno mismo que hacerlo para comu-

Centro Cultural Rougés / Ciclo de exposiciones 2023

Daniel Arnedo Marcelo Lazarte Dos pintores



El Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo invita a ustedes a la inauguración de la exposición **DOS PINTORES**, de Daniel Arnedo y Marcelo Lazarte, que se llevará a cabo el 31 de agosto a las 20:30 hs.

31 de agosto / 20:30 hs / Laprida 31



Flor de SAUCO
PASTELERÍA
ARTESANAL
Tafi del Valle - Tucumán

Fundación Miguel Lillo
Centro Cultural Alberto Rougés

DIONISIO
TENOS A PLACERES
B25 Zamborombón y Pellegrini
General Paz 925
3813180895



nicarse con el mundo exterior, con todo aquel que contemple tus obras. Toda producción artística surge de una necesidad interior, de un anhelo, de una inquietud, pero elegir un puñado de esas obras para colgarlas en un espacio como el nuestro requiere de un ejercicio de responsabilidad, y tanto Daniel como Marcelo demuestran ser más que conscientes de la dimensión ética que acompaña al acto de exponer. Siempre lo han sido y es por eso que el Rougés no los pierde de vista.

Ennisofia Salmela Flores

Meditaciones

Entre las enseñanzas que nos ofrecen las ciencias naturales, una de las más asombrosas es que la vida, las formas que adquiere la vida, son al mismo tiempo necesarias y azarosas. O necesarias, pero no por ello exentas de experimentar mutaciones azarosas. El pico de una garza es como es y no de otra manera porque con esa forma puede acceder a su fuente principal de alimentación. La disposición de las hojas de las plantas alrededor del tallo y de las ramas también son necesariamente de una manera y no de otra para garantizarse la cantidad suficiente de luz en su entorno natural. Pero esas formas de la flora y la fauna no son permanentes sino que evolucionan constantemente para adaptarse al entorno. Unos cambios encuentran su explicación en factores endógenos o exógenos y otros no, otros son fruto del azar. Y ocurre que algunos de esos cambios azarosos salen bien y otros no. Los primeros se mantienen y consolidan cambios en las especies y los fallidos tienden a desaparecer.



Uno de los primeros naturalistas, o uno de los primeros pensadores que se ocupó de estudiar los fenómenos naturales y de intentar extraer de ese estudio ciertas leyes generales, fue Aristóteles. Pues bien, en su *Física* dice que el arte debe imitar la naturaleza, no en sus formas sino en su funcionamiento. Eso es precisamente lo que nos muestra Ennisofia en este trabajo que presenta hoy en el Centro Cultural Rougés. Ennisofia explica que estos dibujos son el resultado de horas, de años contemplando la naturaleza; son el resultado de la especial relación que tienen los finlandeses con sus bosques. Pero lo que resulta de esa contemplación no es tanto una imitación de las formas de la naturaleza como de su funcionamiento. Sus dibujos no se parecen a las hermosísimas láminas que hacen las ilustradoras de la Fundación Miguel Lillo porque lo que intenta reproducir es cómo funciona la naturaleza, cómo se abre paso de manera rizomática, cómo crece, cómo evoluciona.

También cuenta Ennisofia que en su proceso de creación juega un papel importante la evolución libre de las formas; que, de manera similar al automatismo psíquico que inventaron los surrealistas para acceder a su subconsciente, ella cede el control a su mano y deja que esta, como ocurre con la naturaleza, evolucione y se abra paso. Es así como, uniendo su conocimiento de cómo funciona la naturaleza con el automatismo, logra que los patrones que conforman sus obras adopten formas que son tan necesarias como azarosas.

Mauro Costa

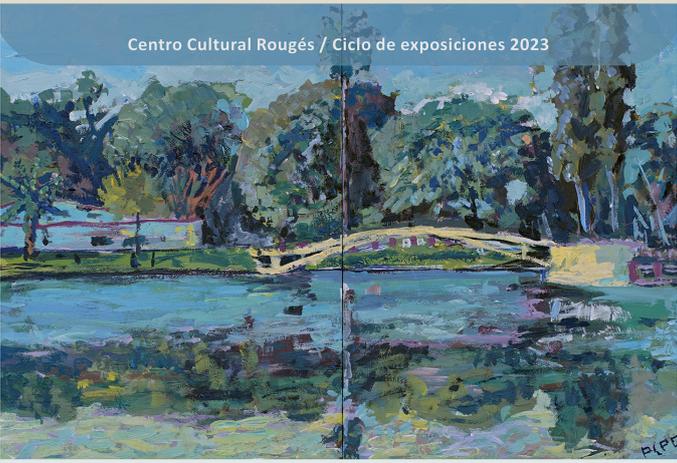
72 paisajes

En 1898, un grupo de artistas visuales austriacos creó en Viena un grupo al que bautizaron con el nombre de Secesión. Estaban preocupados por los embates de la industrialización que estaba cambiando por completo la sociedad, pero también por el conservadurismo moral que ahogaba las mentes inquietas y, en especial, cualquier propuesta artística que se saliera de los principios académicos. El grupo Secesión se propuso renovar el arte, pero no al estilo francés, que por esa época ya tenía a artistas como Gauguin y Cézanne en plena madurez desarrollando lenguajes cada vez más rupturistas, sino reinterpretando los estilos del pasado, revisitando y actualizando el arte de la por entonces casi metida Europa precapitalista. El primer presidente del grupo Secesión fue Gustav Klimt.

El caso es que se construyeron un edificio que les sirviera de sede y que hoy se cuenta entre las joyas de la arquitectura, y en el friso sobre la puerta de entrada pusieron un lema que dejara bien claro cuál era su posición. Decía: “Cada tiempo tiene su arte, cada arte su libertad”.

La primera cláusula, que cada tiempo tiene su arte, puede entenderse de dos maneras. Si pensamos el arte por sus aspectos formales o estilísticos, quizás hoy todos los artistas tendrían que estar pegados a

Centro Cultural Rougés / Ciclo de exposiciones 2023



MAURO COSTA

72 Paisajes

El Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo invita a ustedes a la inauguración de la exposición **72 Paisajes**, de **Mauro Costa**, que se llevará a cabo el 12 de octubre a las 20:30 hs.

Jueves 12 de octubre / 20:30 hs / Laprida 31



Fundación Miguel Lillo
Centro Cultural Alberto Rougés

sus computadoras haciendo net art o incluso coqueteando con la inteligencia artificial. Mauro estaría haciendo un arte fuera de su tiempo. Lo que ocurre es que hace ya bastante tiempo que vivimos en un tiempo ahistórico. Basta con ver el mundo de la moda y la sucesión (no sección) de revivals que nos obligan a viajar a los 60, 70 e incluso a los años 80 temporada tras temporada.

La otra manera de entender eso de que cada tiempo tiene su arte es considerando el arte como un medio de comunicación. Aquel grupo de vieneses necesito reaccionar contra una sociedad muy parecida a la victoriana que por esa misma época ahogaba las pasiones de los ingleses y por eso las pinturas de Klimt y algunos de sus compañeros, más allá del lenguaje formal, rebosaban erotismo y pulsiones sexuales protagonizadas por mujeres, las grandes víctimas del conservadurismo moral. Por cierto, no es casualidad que en Viena coincidieran en esos mismos años Klimt y Freud...

Como quiera que las visitas a los lenguajes del pasado están a la orden del día y que, como continúa el lema del pabellón, “a cada artista hay que darle libertad”, Mauro ha encontrado el lenguaje que calza con sus inquietudes en un arte que bascula entre el impresionismo francés y el expresionismo alemán. Es posible entender su arte en los mismos tér-

minos de los austriacos. Como escribe en el tríptico que acompaña a esta exposición, sus paisajes son una forma de indagar en cierta sensación de alienación y de soledad. Sensaciones, por cierto, muy de nuestro tiempo.

Virginia Serrano

Universo vincular

Lejos de relativizar los efectos catastróficos del cambio climático, quiero comenzar estas líneas afirmando que la naturaleza siempre se impone. Después de cada una de las grandes extinciones, la naturaleza ha resurgido más fuerte y diversa. En las distopías que produce Hollywood, siempre se ven las ruinas de alguna importante metrópolis, como Nueva York o Chicago, en las que la vegetación tapiza los muros de los deshabitados rascacielos. En un contexto mucho más cercano, no hay más que mirar muchas casas de nuestra ciudad para ver cómo pequeñas plantas brotan de las cornisas o de cualquier rendija entre la vereda y la fachada. La naturaleza siempre se impone; de eso puede dar fe Virginia, que vive al pie del cerro San Javier desde hace ya unos años. Cuando tu casa está en plena yunga descubres el poder de la naturaleza.



La obra de Virginia está tomada por la naturaleza. La vegetación ocupa los fondos de sus lienzos, brota de los laterales de algunos bastidores en forma de florcitas de cerámica, transmuta ollitas de barro, aparece en forma de lenguas sinuosas o de apliques en sus hermosos tondos textiles. Incluso parece surgir de las paredes de la sala en la instalación *Abismo vincular*. La vegetación que invade la obra de Virginia es exuberante, es colorida, es omnipresente y, más aún, es vincular. Virginia hilvana familia, arte, memoria, deseos y pasiones con las fibras vegetales de la naturaleza.

La naturaleza siempre se impone y en este caso lo hace incluso en las salas. El *universo vincular* con el que vuelve al Centro Cultural Alberto Rougés siete años después, ha sido curado por Diana Ferullo. Ellas dos, junto con Alejandro Contreras Moiraghi, han tenido el acierto de exhibir los lienzos como si fueran un tapiz vegetal que hubiera tomado las paredes del centro; como una suerte de enredadera. El efecto es el de un sugerente entrelazamiento de melodías en contrapunto entre la vegetación de Virginia y la de nuestra casa.